



sociedad

La contaminación ahoga al coche en las grandes urbes



Una monja con la hija de Dolores Chumillas en 1978 en la clínica San Francisco Javier de Bilbao.

¿Es recuperable un hijo robado?

Las madres de bebés sustraídos desean encontrarles por encima de cualquier cosa, pero esos niños, hoy adultos, ya tienen padres: quienes pagaron por ellos

NATALIA JUNQUERA

Una duda insoportable consume a cientos de personas en España. ¿Mi hijo murió o me lo robaron? ¿Mis padres son mis padres, me adoptaron o me compraron a un médico, un cura o una monja que me arrancó de los brazos de mi verdadera madre? La investigación del historiador Ricard Vinys, el auto en el que el juez Baltasar Garzón hablaba del robo de más de 30.000 niños durante en franquismo, y los testimonios de mujeres de distintas edades y ciudades repitiendo las mismas frases —“Me dijeron que había muerto y que ya lo habían enterrado. Nunca vi el cadáver”— han destapado una trama de compraventa de bebés en España que arranca en los primeros años de la dictadura y termina en los primeros de la democracia. Que empieza como represalia política a mujeres republicanas amparada por las disparatadas teorías del psiquiatra Vallejo Nájera y termina como mero negocio, auspiciado por una ley que hasta 1987 favorecía las adopciones irregulares, un mercado negro de bebés que

arrastra terribles secuelas psicológicas hasta hoy.

¿Tienen más derecho las madres de niños robados a buscarles que los niños robados, hoy adultos, a no querer ser encontrados? ¿Debe intervenir la justicia? ¿Puede considerarse delincuentes a los padres que compraron a sus hijos?

Carla Artés, la primera nieta recuperada por las Abuelas de Plaza de Mayo argentinas, que buscan a los bebés que la dictadura robó a sus hijos, supo quién era siendo una niña. “Yo tenía 10 años y lo asumí. Pero para muchos hijos que han seguido viviendo con los asesinos y torturadores de sus padres descubrir quiénes son con 30 años es muy complejo”, explica. Su hermano, que tampoco era hijo biológico de la pareja con la que se criaron, rompió toda relación con ella después de que Carla declarase en un juicio contra su supuesto padre.

En 2009, el Parlamento argentino aprobó una ley que obliga a someterse a pruebas de ADN cuando haya sospechas de robo de niños. Así fue cómo las Abuelas de Plaza de Mayo recuperaron

el año pasado al llamado Nieto 102. Se había criado con un oficial de la Fuerza Aérea y no quiso hacerse las pruebas para averiguar si aquel hombre era su padre. Pero por orden de un juez le fueron confiscadas prendas íntimas de

“Buscan un origen, no una madre. Ellas sí buscan a su hijo”, dice un abogado

Argentina obliga a los sospechosos de haber sido robados a facilitar su ADN

las que se extrajeron muestras genéticas que confirmaron que sus padres eran en realidad víctimas de la dictadura.

Santiago González, que acaba de encontrar a su familia biológica y crear una web (www.adoptados.org) para ayudar a otros a hacerlo, opina: “Si ese niño se ha

criado en otra familia no se le puede pedir que después de 30 o 40 años sienta un cariño por una madre biológica que no conoce. El menor es completamente inocente. ¿Debe ser ese niño, hoy adulto, el que ha de pagar con sus emociones el robo que sufrió su madre biológica? Creo que si una institución encuentra a un niño robado o adoptado debe hacerle saber que su familia de origen le busca. Si él no quiere contactar, debería bastar con devolver un mensaje de ‘encontrado, está sano, es feliz, si en un futuro quiere o se siente capaz, ya sabe cómo avanzar en el contacto’.

El abogado Enrique Vila, especializado en la búsqueda de padres biológicos —él mismo busca a su madre— y autor de *Historias robadas* (Temas de hoy) asegura que el 90% los encuentra. “El 10% restante son los hijos robados. Lo tienen muy difícil porque las instituciones religiosas —las que, en la mayoría de los casos, decidían con quién iba a estar *mejor* el bebé— niegan toda la información”. De cada 100 consultas que recibe en su despacho, 10 son de hijos falsos. “Era una trama muy bien

organizada. Había captadores de padres y de niños. Los proveedores de padres adoptivos eran mujeres con contactos sociales. Los proveedores de niños eran médicos, matronas, auxiliares y religiosos que realizaban un supuesto acto de caridad cristiana. La coacción a la que sometían a las mujeres era brutal”.

El próximo 27 de enero, Vila y Antonio Barroso, que descubrió hace tres años que sus padres le habían comprado por 200.000 pesetas llevarán al fiscal general del Estado 400 casos de robos de niños. Creen que se trata de un delito de detención ilegal o secuestro, que no prescribe, y que el fiscal debería haber actuado de oficio.

La mayoría de estas familias, sin embargo, no creen que sus padres, los que les compraron, sean delincuentes. Vila ha recibido a muchos en su despacho. “Están asustados. La mayoría no eran conscientes de estar robando un bebé. Pensaban que el dinero que pagaban era una ayuda para la madre biológica, que había entregado a su hijo voluntariamente. Recibían al bebé sin un papel y lo inscribían en el registro como hi-



sociedad

Arriate despide a la niña de 13 años asesinada



cultura

Homenajes para rehabilitar a Polanski



pantallas

El éxito de las tabletas amenaza a los portátiles

jo propio, pero pensaban que estaban haciendo una trampa para ahorrarse trámites y papeleo, no cometiendo un delito”.

El sociólogo Francisco González de Tena, que ha entrevistado a decenas de madres de hijos robados y redactó para el juez Garzón un informe con sus averiguaciones, asegura: “Desde el punto de vista social y antropológico, el problema es inmenso. Se ha convertido en un tema muy doloroso para mí porque comprendo que nunca se va a poder aclarar todo. Haciendo una proyección conservadora, hay miles de niños robados en España. Desde mayo de 2009, recibo entre dos y tres posibles casos al día”.

“Vivimos en una sociedad que no tiene seguridad en la ascendencia biológica, en la que muchas personas no pueden estar seguras de quiénes son”, asegura González de Tena. “Eso quiere decir problemas médicos, porque las

“Es de los mayores traumas para un ser humano”, señala un psicólogo

La mayoría no cree que sus padres, los compradores, sean delincuentes

historias clínicas, al carecer de antecedentes, no son fiables; jurídicos, de herencias, y psicológicos. Los adoptados tienen miedo. Ya tienen padres, no quieren líos, y los que buscan, no buscan una madre, sino un origen, por curiosidad. Pero las madres de niños robados sí buscan a su hijo”.

El doctor en psicología Guillermo Fouce, profesor en la Universidad Carlos III de Madrid, asegura que “los problemas de identidad y la indefensión” que genera el robo de niños “son los traumas más graves a los que puede enfrentarse un ser humano”. Los padres de hijos robados embarcados en “años de búsquedas infructuosas”, sufren “depresión, trastornos de personalidad, ansiedad...”. Para los hijos, el sentimiento contradictorio hacia unos padres que les engañaron y no estar seguros de quiénes son pone en riesgo su estabilidad psíquica. La mejor terapia, añade, “es la ventilación emocional, para lo cual resulta absolutamente necesaria la clarificación de la verdad y el apoyo de las instituciones: desde la judicial hasta la sanitaria”.

La vida entera de muchas personas se está desmoronando por una duda imposible de resolver sin la intervención de una autoridad judicial o administrativa que obligue a facilitar información.

+ EL PAÍS.com

► **Participe**

¿Debe la justicia obligar a alguien a conocer su origen?

DOLORES CHUMILLAS Madre de niña robada

“Dijeron que yo nunca había parido allí”

“El mes que viene cumplirá 33 años. No me dio tiempo a ponerle nombre, pero quería llamarla Desiré”. Dolores Chumillas tenía 30 cuando dio a luz en la clínica San Francisco Javier de Bilbao en 1978. “Me quedé embarazada y mi madre me obligó a casarme con el padre. Yo era muy ignorante, muy ingenua. No había estudiado. Sé leer, pero apenas escribir. Nunca había salido de mi pueblo, Alcantarilla (Murcia)”.

Obligada por sus padres, se casa con su novio y se traslada a Bilbao por el trabajo de él. Pero pronto empiezan los problemas. “Mi marido bebía mucho, tenía muchísimos celos”. Un día rompe a llorar en la iglesia. “El cura de la parroquia, Francisco, me habló de una señora que tenía un piso de acogida y me podía ayudar”, explica por teléfono desde su casa en Alcantarilla.

Embarazada de un mes, Dolores deja a su marido y se va a aquella casa. “Había 20 mujeres embarazadas, madres solteras. La mayoría eran gente bien así



Dolores Chumillas muestra la única foto que tiene de su hija. / PEDRO VALEROS

que yo me convertí en la fregona de todas: todos los días hacía las camas y la comida para todas. Lo pasé muy mal. Aquella mujer tenía varios pisos así en Bilbao. Era muy poderosa. Tenía una foto con el Papa en casa”.

“El parto fue muy complicado. No volví a tener más hijos. Pero la niña nació hermosa, tres kilos ochocientos gramos. Una monja le hizo una foto y me la dio. Es la única que tengo de ella”.

Dolores ya no volvió a ver a su

hija. Luego tuvo información de que la habían vendido por 200.000 pesetas. A ella le habían hecho pagar 12.000 por el parto. “A los dos días de dar a luz me echaron de la clínica. Una monja me dijo que era mejor que la niña se quedara. Entonces no entendí que me la estaban quitando, no se me pasó por la cabeza. Cuando volví a por ella, me dijeron que yo nunca había dado a luz allí, que mi nombre no estaba por ningún sitio. Una de las embarazadas que había en el piso me llamó y me dijo que a mi hija la habían vendido por 200.000 pesetas. No le pregunté cómo lo sabía. No le pregunté nada porque me quedé hecha polvo”.

Su familia no quiso ayudarla. Dolores contrató detectives privados. Tras haberse gastado más de 6.000 euros —en sobornos para las monjas y la gente que podía saber dónde estaba, le decían— ni una pista. Hoy está muy enferma. “Quiero verla antes de morir. Contarle mi historia. Decirle que yo no la vendí ni la abandoné”.

ANTONIO BARROSO Niño robado

“Me vendieron por 200.000 pesetas”

Antonio Barroso descubrió hace tres años, con 38 ya cumplidos, que su vida era una mentira. “Me llamó un amigo y me dijo que nuestros padres, que eran amigos también, nos habían comprado en Zaragoza. A él se lo había dicho su padre”.

A escondidas, sin que su madre se enterase, Antonio cogió un bastoncillo y le tomó una muestra para hacerse una prueba de ADN. Salió negativa. “Todas las veces que me había contado cosas del embarazo y del parto era una invención. Tengo todo falsificado. No sé quién soy. No sé cómo me llamo”. Inmediatamente

después de ver aquellos resultados, quiso encontrar a su familia. “No es lo mismo saber que te adoptaron a que te robaron a una madre. En mi caso me vendió una monja por 200.000 pesetas. Cada año íbamos a verla a Zaragoza, se llamaba Montserrat”.

Su madre adoptiva sabe ahora que está buscando a su verdadera madre. “Aún no he podido hacerle todas las preguntas que me gustaría. Tenemos una conversación pendiente. Ella compró un niño, pero no sabía que lo habían robado. Mis padres también son víctimas. El médico decía que era hijo de un analfabeto y una prosti-



Antonio Barroso. / GARCÍA CORDERO

tuta, o que los padres habían muerto. No sabían que estaban cometiendo un delito”.

No tiene rencor hacia los padres con los que se ha criado, pero “las 24 horas del día, desde que me enteré de esto, siento la necesidad de encontrar a mi madre, contarle lo que pasó, darle un abrazo”, cuenta por teléfono.

Antonio dirige una asociación, Anadir, que llevará cerca de 400 casos de robos de niños a la Fiscalía General del Estado el próximo día 27. “Me ha ayudado contactar con otras personas en mi misma situación. Nos apoyamos mucho. Esto es muy duro. Es como si hubiésemos estado secuestrados. Nos han robado nuestra identidad. La justicia tiene que hacernos caso”.

VICENTA MORENO Niña comprada y madre obligada a dejar a su hija

“Aquellas monjas destrozaron mi vida”

“Me quedé embarazada con 15 años. Lo oculté todo cuanto pude. Sabía que mis padres me obligarían a abortar y mi novio y yo queríamos tenerlo. Pensábamos ir a vivir con su madre, que era viuda. Cuando ya no pude ocultarlo más, mis padres me llevaron a su médico de cabecera y les dijo que era muy tarde para un aborto”. En el octavo mes de embarazo, la trasladaron a la clínica Santa Isabel, en Valencia. Era 1965.

“Di a luz en abril, una niña. Solo la vi un momento. Mi tía, que no podía tener hijos, quiso quedársela, pero las monjas la convencieron de que la dejara diciéndole que un día yo se la quitaría. Quería quedarme con mi hija, pero mis padres y las monjas lo impidieron. Decían que era una vergüenza. Jugaron con la vida de los demás. Destrozaron la mía”.

Vicenta salió de aquella clínica sin su hija. A los 22 años se

quedó embarazada de nuevo. “Mis padres intentaron hacer lo mismo, pero yo ahí ya era mayor de edad, me casé y tuve a mi hijo”. En 1981 acompañó a su tía a la misma clínica a llevarse un niño. “Le dijeron que ella era muy mayor, pero que yo podía elegir niño o niña si quería”.

En 2000, cuando Vicenta cumplió 50 años, su tía le confesó que no era la única mujer de la familia que no podía tener hijos. “Me

contó que mi madre tampoco, y que ella había hecho las gestiones para recogerme en la misma clínica en la que después me habían obligado a mí a dejar a mi hija. También me dijo que solían pedir 200.000 pesetas por niño”. Las monjas le dijeron que no tenían archivos y que aunque los tuvieran no se los iban a dar. “Quiero encontrar a mi hija para contarle la verdad. Sus padres no tendrían que enterarse...”.